

La Procesión de entrada de un casamiento

Hoy nos vamos a preguntar: En la celebración de un matrimonio, ¿quiénes forman parte de la procesión de entrada y cuál es el orden que se debe seguir?

Para ello nos vamos al Ritual del Matrimonio, del año 1990. Allí se nos puntualiza, ya sea en la celebración del Matrimonio con o sin Misa, dos modos, recordemos que siempre el primer modo que marca un Ritual es el preferible. Nos dice el Ritual que: «preceden los ayudantes, sigue el sacerdote, después los novios, a los que según las costumbres locales, pueden acompañar honoríficamente los padres y dos testigos, hasta el lugar que tienen preparado, mientras se entona un canto de entrada o se toca festivamente el órgano u otro instrumento» (n. 48).

En este modo de entrada podemos distinguir varios valores:

1. La igualdad de los novios (ambos entran juntos).
2. La igualdad de los padres (acompañan a los novios el padre y la madre de cada uno de ellos).
3. La integración de la entrada de los novios en la tradicional procesión de entrada de la Misa.

Este modelo que nos ofrece el Ritual debería ser lo normal, pero lamentablemente sabemos que no es así, todavía está muy arraigada la antigua costumbre en la que la novia es acompañada por su padre o padrino y entra por el pasillo central de la iglesia, mientras el novio y el sacerdote o diácono los esperan en el presbiterio, esta segunda forma se nos indica como segunda posibilidad en el Ritual, pero se ha hecho la más común.

Esta entrada tradicional de la novia, como "propiedad del padre", el único que tiene derecho a "entregarla" a otro hombre, el novio es un **modo pobre** de empezar el rito de un matrimonio y no es la práctica ideal para incorporarla a la actual liturgia, que celebra la igualdad de todos ante Dios.

Desde el punto de vista del rito, esta entrada de la novia desdibuja la estructura y la fluidez de los ritos introductorios de la Misa, que suponen que se empieza con la entrada procesional de los ministros (o de toda la comunidad por ejemplo el Domingo de Ramos o en la Vigilia Pascual), mientras todos cantan el mismo canto y sintiéndose parte del único Cuerpo de Cristo que es la comunidad.

Estar de pie contemplando como espectadores de un desfile de moda es totalmente ajeno al sentido de lo que debe ser una celebración sacramental, sin olvidarnos que la novia y el novio son los ministros del sacramento del matrimonio, ¿por qué entonces no les hacemos entrar como tales ministros como lo hacemos normalmente en las celebraciones litúrgicas?

Pero las costumbres antiguas tardan en morir o a veces sorprendentemente, no queremos que mueran y en momentos tan llenos de emoción y tradición como son las bodas, son tiempos especiales en los que tendemos a olvidar los auténticos principios de la liturgia cediendo a favor de costumbres que no conocen los principios postconciliares.

La celebración del matrimonio las deberíamos organizar de tal manera que sea una celebración de toda la comunidad, a veces desgraciadamente los matrimonios se programan y preparan como si el culto de Dios fuera algo secundario en comparación con la demasiada atención que se da a todo lo periférico.

Si la comunidad subraya hoy la igualdad de géneros en su elección de ministros ayudantes, por ejemplo, también en la procesión de entrada de un matrimonio debería incluir hombres y mujeres, no sólo el padre, sino también la madre de ambos contrayentes.

Otro punto a señalar: Es con respecto al lugar que se reserva para los novios, cuántas veces hemos participado de celebraciones matrimoniales en donde los novios y el sacerdote o diácono están todo el momento de pie y lo que es peor, los novios dando la espalda a la comunidad, en el n. 49 del Ritual se nos dice «que los novios queden situados de tal modo que no den la espalda a la asamblea».

Aunque por televisión, en películas o novelas y más aún en la vida cotidiana, se sigue perpetuando la entrada antigua, creo que con valentía debemos ir sustituyéndola por la procesión preferida por el Ritual, ya que nos dice mucho sobre el sentido eclesiológico y comunitario que debe impregnar nuestras celebraciones rituales.

Cuánto nos queda por hacer, ¿no?

Hasta cada eucaristía.